|TRIBUNA| JOAQUÍN GONZÁLEZ-HERRERO

# En el centenario del nacimiento de Mariano San Romualdo "Silverio"

TENGO A LA VISTA UNA FOTOGRAFÍA tomada en Pedraza por José María Heredero en los años setenta. Con el fondo sepia de la revista "Lazos", parece un daguerrotipo psicológico. Al fondo, el campo desnudo sobre el que se dibuja la estampa de un dulzainero de arriba abajo, el cuerpo enjuto y fibroso. Se aprecian los rasgos de un rostro curtido en el sol de estío y la esperura de los inviernos de Castilla. La frente despejada, marcados los laterales del cabello, la boca prieta en la embocadura, la nariz recta, los ojos muy al cobijo de sus cejas. Luce gala de fiesta: camisa de lienzo en torzal blanco, con cenefas bordadas en pechera, tirilla y puños; el chaleco abierto mostrando la faja ceñida por esquero. Y junto al maestro, el tambor que esculpe su silueta. Destaca la dulzaina sostenida por sus manos, mirando a un horizonte sin fin, como desafiando al propio viento. Es Mariano San Romualdo Egido, "Silverio".

El 21 de mayo de 2014 se cumplirá el centenario de su nacimiento. Es ocasión propicia para rememorar y repensar la obra de este hombre cabal, segoviano serio, austero, comprometido con su oficio, consciente de cuanto el destino le había encargado, aunque sin darle importancia. Vivió Silverio a la sombra de un gigante de su tiempo, Marazuela. Y como él, comprendió la grandeza de lo sencillo, la vocación de permanencia del tesoro de que era depositario. Cumplió con su cometido. Fue su vida una fidelidad constante a las virtudes que aprendió de niño, en la dura vida de aquella España pobre, tan alejada de Europa y del mundo en los tiempos turbulentos de la guerra. Trabajador incansable y de palabras justas y medidas, hablaba como los antiguos: "Hicimos -nos dice Mariano- una compañía de teatro. Hicimos allí cuatro sainetes, cuatro cosas y nos dedicamos a ir por los pueblos en invierno. Luego ya, cuando llegaba el verano, íbamos a segar hierba a jornal y más que nada todos juntos. Lo cogía mi padre y así unos segábamos, otros atábamos…La familia era la cuadrilla, éramos jóvenes y no podías ir de jornalero, tenías que ir por medio jornal y estando todos juntos pues hacíamos más".

**Mariano, la estampa de un dulzainero de arriba abajo.** / JOSÉ MARIA HEREDERO

La dulzaina de Mariano San Romualdo, que durante sesenta años había sido la voz de Segovia, enmudeció en la mañana del 11 de noviembre de 2007. Ya no suena entre nosotros. Sin embargo, permanece el testimonio de su vida, y su obra. Está viva en sus hijos y discípulos, en la Escuela de Dulzaina de Segovia, en la Esteva, en el Festival Joven que lleva su nombre y en la memoria colectiva de los segovianos. "Mariano nos ha legado -ha escrito Carlos de Miguel- un amplio repertorio de melodías tradicionales, un estilo personal, limpio y elegante, dos trabajos discográficos que son un magnífico documento sonoro y un referente para los amantes de la música tradicional, pero, por encima de todo, nos dedica cada día una lección de humildad, esa virtud que es don de hombres sabios y honestos". Justos reconocimientos honraron la obra y memoria de este gran segoviano. Recibió el "Premio Europeo de Folclore Agapito Marazuela" de la Ronda Segoviana y el Premio a la Trayectoria Vital, en su categoría regional. Y "Los Silverios" dan nombre a una calle de la ciudad.

Mariano San Romualdo forma parte de nuestro imaginario colectivo, el ideario espiritual y sentimental de esta tierra. ¿Qué ocurrió para que accediera a tan reservado espacio? Quizás su estampa de dulzainero en las fiestas de San Juan y San Pedro, junto a gigantes y cabezudos, que todos tenemos grabada en nuestra retina, como justamente destacó Aurelio Martín. O el disco de "Los Comuneros" junto al Mester de Juglaría, con la emoción de su alborada deslumbrante o la Jota de El Guijar. Todo ello ha contribuido. Pero creo que el juicio definitivo, el que brota de la boca inapelable del pueblo es de naturaleza moral: el reconocimiento de las virtudes castellanas del dulzainero de la ciudad de Segovia.

Me pregunto qué será de nuestra tierra cuando hombres de esta raza desaparezcan; si sus valores -el poso decantado por los siglos- se convirtieran en polvo de olvido, si la serena sencillez de nuestra pobre y zaherida Castilla, forjada en el fuego de su grandeza histórica, se extinguiera en la noche de la desmemoria. Qué será de este pueblo nuestro, cuya pobreza se convirtió en honradez y dignidad, su necesidad en imaginación y generosidad, las dificultades en energía para la fiesta y el optimismo tan presente en la socarronería. Qué será, digo, de las futuras generaciones, si han de vivir sin saber lo que son; tan devastadora la uniformidad cultural impuesta por intereses comerciales. Ya se quejaba de ello mi maestro Marazuela, como antes Felipe Pedrell. Algo tranquiliza el pensar que un siglo de agresión continua no ha podido diluir la conciencia de cuanto somos. Y ello ha sido posible gracias a hombres que, como Mariano San Romualdo, al trascender la dimensión humana de su propia vida, se han convertido en símbolos de la identidad colectiva.

Al cumplirse cien años de su nacimiento rindo homenaje a la memoria de Mariano San Romualdo Egido, al hombre bueno, al gran dulzainero que hizo despertar en nuestra niñez la voz profunda que nos identifica con la tierra. Presente el recuerdo de su esposa y compañera de toda la vida, Josefa Agejas Prieto, envío mi abrazo a sus hijos, mis buenos amigos, y a toda la gran familia de los Silverios. Hago votos por que administren sabiamente legado tan hermoso. Con mi apoyo contarán siempre.

Que Silverio no diese mayor importancia a su arte no significa, por supuesto, que no fuera un artista. Para mi es tan incuestionable que hacía arte con su dulzaina como que él no creía hacerlo. Para empezar porque tenía un don, una facilidad innata que no se aprende. Nunca leyó una nota escrita ni utilizó un pentagrama; de hecho, como era normal en la época en los hijos de familias humildes, apenas aprendió más que a leer, a escribir y las cuatro reglas. Pero nunca he oído a nadie tocar la dulzaina como él. Con más técnica, seguramente; mejor, si quieren, también. Pero no como él. Los flamencos lo llaman pellizco; a mi, me vale la palabra.

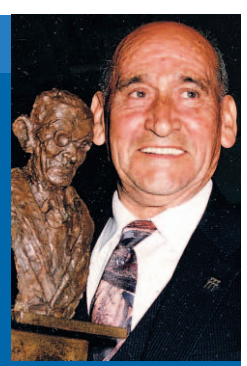
Además Silverio cultivaba el don; también en eso era serio y cumplidor. Él nunca se hubiera permitido llegar a actuar a cualquier sitio, a un escenario con mil personas o a una recepción con veinte, y fallar. Él sacaba su dulzaina prácticamente cada día y ensayaba en casa; para no perder 'labio', para no olvidar cada pieza que atesoraba en su mente.

Con la misma naturalidad que recibió su don de dulzainero, con la misma naturalidad que entregaba su música, compartía lo que sabía con aquellos que se acercaban a preguntarle. De pedagogía tampoco estudió, pero transmitió su música, que era la del pueblo, no solo a sus hijos y nietos, sino también a muchos otros que quisieron aprender, cuando las escuelas apenas existían y los dulzaineros eran habas contadas.

Silverio, con su música y su forma intuitiva de entenderla, enraizó con lo más potente de la cultura popular de esta tierra, con la energía primigenia, con lo más hondo del pueblo, que, como decía Machado, siempre es sabio. Hace cien años nació, hace casi siete nos dejó, pero sigue viviendo en el pueblo.

Como escribió poco después de su fallecimiento Joaquín González, "la dulzaina de Mariano San Romualdo fue durante 60 años la voz de Segovia, la palabra de todos hecha del espíritu de nuestra tierra. Hoy ha enmudecido, ya no suena entre nosotros. Ha partido a otro universo de donde ya es su instrumento. Permanece su obra y el testimonio de su vida, hecha de honradez, austeridad y coherencia. Trabajador incansable, fue un hombre muy sencillo; es ejemplo de lo más valioso del pueblo".

tranjero, visitando Hispanoamérica, Italia, Suiza y Estados Unidos, llenando el aire de estos países con las agudas notas de su dulzaina. Notas que se reproducen en el Paseo de la Habana de Madrid, un 28 de octubre de 1956, en la inauguración de Televisión Española. En el año 1969, el grupo de danzas de Sección Femenina de Segovia, que ya dirigía Mari Carmen Torquemada, gana el concurso nacional de Coros y Danzas, en donde Mariano canta la jota de Torreiglesias, lo que no tenía por costumbre. En 1976, la Asociación de Amigos de Segovia le concede el Alcazar de Oro, por su labor en defensa de la música tradicional. En ese mismo año, colabora con Nuevo Mester de Juglaría en la grabación del disco "Los Comuneros". Un año después, graba su propio disco de larga duración en Movieplay, con el sugerente título de "Fiesta en Castilla"; y no es hasta el año 1981, en que aparece la segunda de estas grabaciones, con el mismo sello discográfico: "Al Abuelo", que él y sus hijos dedican a la memoria de su padre. Antes, en el año 1971, había grabado un single con cuatro temas tradicionales: la Rueda, la Jota de Torreadrada (cantada por el mismo), la Piña y la Jota de la Niña. En el año 1992, es nombrado pregonero de las Fiestas de San Juan y San Pedro de Segovia. Los reconocimientos se van sucediendo, y así, en el año 1994 es nombrado hijo predilecto por el Ayuntamiento de Torreiglesias. En 1996, recibe el Premio Nacional de Folclore Agapito Marazuela. Con ocasión de cumplir la edad de 90 años, en el año 2004 la Escuela de Dulzaina de Segovia rinde un homenaje popular a quien había sido uno de sus primeros profesores y después director durante muchos años. El acto fue incluido en el programa de las fiestas de la ciudad de Segovia y en torno a su figura, se congregaron más de cuarenta dulzaineros. "Si hay un dulzainero al que se le pueda llamar dulzainero de Segovia, ese es Silverio", afirma Carlos de Miguel, director de la Escuela. Y así, de homenaje en homenaje, transcurre la plácida ancianidad de este popular personaje, referencia obligada de la dulzaina en las calles de Segovia y el más reconocido de todos sus intérpretes, siempre acompañado por sus hijos y nietos, que recogen el testigo en la defensa y difusión de nuestro folclore, que iniciara el abuelo Silverio, fundador de la saga que lleva su nombre.



Con la dulzaina al pie del último lecho, como crismón protector de las fúnebres sombras que ya se precipitan, lanza al aire Mariano la última nota de su vida. Contaba con 93 años. Falleció en Segovia el día 11 de noviembre de 2007.

Diputación de Segovia